

## Dios es uno, pero no solitario



La fiesta de la Santísima Trinidad nos invita a volver nuestra mirada hacia el interior de Dios. Toda la Revelación nos muestra a Dios como un Dios uno y único, pero nos lo muestra también como un Dios que no es solitario, encerrado en sí mismo, sino un Dios que es esencialmente relación, diálogo, comunión profunda, acontecimiento de amor que se autocomunica.

El hecho de que Dios sea unidad y comunión en el amor, significa que todo está determinado por el amor y todo está ordenado al amor; que el amor es lo que da verdadero sentido a todo, y que la persona es el verdadero y único centro, la cual sólo se entiende en la relación generosa del dar y del recibir.

Las tres personas divinas existen como relación de una para las otras. En Dios, ser persona es ser para las otras dándose mutuamente. El dar y el recibir, son las únicas formas de ser. Sin dominación, sin absorción, sin subordinación, con total generosidad, pura donación y autorrenuncia.

La unidad de Dios es abundancia, más aún, superabundancia del acto generoso del dar y regalar; una unidad que implica ser el uno para el otro. La Trinidad es comunión de personas donde todos hacen participar al otro de lo propio y lo convierten en común. En la Trinidad cada uno encuentra su realización no en el tener individualista, sino en el dar.

Desde este aspecto aparece claro que si Dios no fuera Trinidad, sería impensable, porque si no hubiera otro al que darse, no podría sino dar vueltas sobre sí mismo, admirarse él mismo cayendo en un triste narcisismo.

De aquí se deriva el modelo de una espiritualidad cristiana de la entrega de sí mismo y del servicio generoso al hermano. No en el individualismo, sino en el servicio y la donación de sí mismo, es donde se manifiesta la verdad del cristiano. Dios es comunión y el cristiano está llamado a ser y vivir creando vínculos de comunión dándose generosamente al otro.

Ahora bien, no olvidemos que la comunión es un don, un regalo que Dios hace a los hombres. Siendo un don, nos corresponde acogerlo como tal, pero también cultivarlo celosamente para que crezca y se edifique el Cuerpo de Cristo. Es preciso construir la comunión. Se construye la comunión cuando se acepta sin reservas a Cristo, Camino, Verdad y Vida, y desde Cristo, se acepta y acoge al otro como distinto, pero no distante. Sólo así podremos entender y realizar la comunión como unidad en la multiplicidad.

Nuestro Dios, pues, no es un Dios al que hemos de estar sometidos, sino el Dios que lo ha dado todo; el Dios con quien estamos llamados a contraer un matrimonio de amor. Este es el verdadero Dios que hemos de mostrar al mundo de hoy, individualista y posesivo en muchas ocasiones. Nuestra vida ha de ser testimonio del Dios que se revela en Jesucristo, el Dios infinitamente despojado, el Dios que es Dios porque no tiene nada, el Dios que viene a nosotros únicamente por amor y que suscita en nosotros el amor como respuesta al amor recibido.



Pedro Mozo

Consiliario de Cursos